

LOS AMANTES DE TERUEL, por Demetrio Rubio Cuerva

Había una vez un rey que tenía una hija muy bella, una muchacha de nombre Isabel. En el mercado conoció a un muchacho pobre llamado Diego y a simple vista se enamoraron.

Los dos jóvenes se amaban mucho, Diego confesó que deseaba tomarla como esposa. Isabel toda contenta fue corriendo a su casa a contárselo a su madre.

¡Madre, madre! Diego me ha pedido casarme con él.

¡Hija mía, habrá que decírselo a tu padre!

El padre de Isabel no tardó en ponerse furioso y decirle:

–Isabel, ese caballero es pobre.

–Da igual padre nos queremos mucho y eso es mas fuerte que todo el dinero de mundo.

El padre se quedó pensado y en su interior pensaba en poner tierra de por medio.

A la mañana siguiente el Rey ordenó que fueran al pueblo y que todos los jóvenes de 18 a 24 años se tenían que ir a la guerra a luchar.

Fueron tocando puertas, y a los muchachos que tenían esas edades los reclutaban, al final de la calle tocaron en una casa donde salió Diego y los guardias del rey le ordenaron que tenía que alistarse al ejercicio de rey porque se había declarado una guerra.

Mientras tanto Isabel toda emocionada porque le había pedido matrimonio no pensaba ella que su propio padre la alejaría de su gran amor.

Isabel no se lo podría creer y corriendo fue a casa de Diego y dijo:

¡Diego, Diego! abre la puerta.

En ese momento abrió la puerta una anciana que era la madre de Diego, y con la voz dulce preguntó:

-¿Isabel, eres tu?

Si, soy yo, busco a Diego. ¿Cómo sabe usted mi nombre?

Ah Isabel cómo no lo voy a saber, si mi Diego lleva soñando contigo mucho tiempo y llamándote por las noches.

Isabel empezó a llorar y decía

–Entonces es verdad ¿se ha ido a la guerra? dígame si es verdad.

La señora toda seria y llorando decía si es verdad esta mañana han venido a buscarlo por orden del Rey. Sin pensarlo, Isabel echó a correr hacia el palacio. Cuando entraba por el pasillo gritaba

¡Padre, Padre! ¿Cómo ha hecho usted esto? ¿cómo me ha separado de mi gran amor?

El Rey le respondió

–Isabel, no te convenía ¿cómo te iba a mantener ese Diego? no entiendes hija mía que no podías casarte con él.

Padre, que sepa usted que me ha separado de mi gran amor, pero mi corazón es de él y el de él es mío, nunca podrá usted prohibirme que lo ame.

Isabel se encerró durante dos semanas en su habitación, y estaba rota de dolor. Un día vio venir a un mensajero, bajó corriendo hacia la puerta y le dijo:

¿Trae usted noticias de la guerra?

El joven mensajero dijo:

Si, busco al Rey, le tengo que entregar este mensaje y este macuto.

Isabel toda nerviosa fue a buscar a su padre y fueron corriendo a ver al mensajero.

–Dígame mensajero.

Diego de Marcilla ha muerto en acto de servicio.

El Rey dijo:

Isabel ya te dije que no te convenía. No servía ni para luchar.

Toda rota de dolor se dirigió hacia el monte corriendo a una cueva, donde estuvo durmiendo y comiendo raíces.

Al cabo de una semana la encontraron muerta y había escrito con un palo en la tierra.

Te quiero Diego.